



DOS ESTATUAS

I

El cantor de los muertos y una muy joven víctima de la muerte, Ignacio Ramírez y Leandro Valle, tienen ya sus estatuas en el paseo de la Reforma. A Leandro Valle no le conocí. Vine al mundo cuando ya él se iba, casi á la edad que ahora tengo, pero ya célebre, ya ilustre, dejándonos como advertencia y enseñanza el ejemplo de una vida útil y de una muerte hermosa. Sus veintiocho años avergüenzan á mis veintinueve.

En la iliada de la Reforma—¿qué homéridas acometerán la empresa de cantarla?— tiene Valle el aspecto de esos jóvenes guerreros, atrevidos, simpáticos, resueltos y amados de las mujeres. Es una figura arrogante de bajorelieve. Bien está en bronce Ignacio Ramírez, porque el bronce es triste, austero. Para Leandro Valle hubiera preferido el mármol, porque el mármol es juvenil, brillante, hermoso.

Joven sucumbe el que los dioses aman, decía Menandro. Y así ha de ser porque todo amor nos da la muerte! Leandro Valle fué amado de los dioses.

Una senda perdida en la montaña
Bebió su sangre generosa y fuerte!(1)

No ha mucho atravesaba yo por ese Monte de las Cruces en donde Valle pereció. Iba alegre, como se está cuando la vida nos da un beso de pasada y nos promete muchos otros. Corría el agua con su

(1) Justo Sierra—Poesía en memoria de Francisco Castañeda y Nájera.

bata de espuma, juguetona y traviesa, á manera de joven recién casada que, todavía con la cofia de encaje, al levantarse corre por el jardín risueña y ágil, fingiendo huir de su marido, mas procurando que el vestido se le prenda y enrede en los rosales para ser alcanzada . . . sin quererlo! Y como el agua que reía y cantaba, bullían frescas corrientes de ilusiones en mi espíritu.

Acaso tan ufano como yo entró Valle á aquel monte. «El amor le circuía—dice uno de sus biógrafos,—las balas parecían respetarlo, los jóvenes se lo apropiaban, los viejos parecían complacerse en una juventud tan hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu. El amor á sus padres y á sus hermanos era la vida de su corazón . . . , hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles! Cuando el rayo de un amor virginal venía á desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo.»

¡Con razón prorrumpe el General Riva Palacio en estas enérgicas palabras:

«Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente de un árbol como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto á la burla de una soldadesca desenfadada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fué suspendido, entonces la sangre se agolpa en mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz, y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición . . . !»

La figura de Márquez apareciendo siniestra en actitud de acecho tras los cuerpos juveniles de Valle y Díaz Covarrubias, recuerda al torvo infante Glóster, entrando á la alcoba en que dormían abrazados los hijos de Eduardo.

Compadezcamos también al asesino. Acaso ya ha sonado en sus oídos la voz que oyó Macbeth:

«*¡Macbeth, no duermas, que mataste al sueño!*»

II

El grave aspecto de Ignacio Ramírez contrasta con el juvenil de Leandro Valle. A él sí lo conocí en los últimos años de su vida. Lo

conocí . . . esto es, lo ví, le hablé, porque de haberlo conocido no me jacto. Siempre pensé que cuando hablaba, no en el libro, no en la tribuna, no en la cátedra, acaso tampoco en el seno de la amistad íntima y antigua, pero sí en el corrillo, en el salón, en la calle, Ignacio Ramírez se escondía dentro de Ignacio Ramírez, por un sentimiento de repulsión al vulgo, al aire ambiente. Parecíame que hablaba detrás del embozo, ó mejor dicho, como los primitivos actores, tras la máscara de bronce. En su biblioteca, con sus iguales, con sus pares, con los grandes filósofos, con los grandes poetas, debía hablar de otro modo.

Y ese erizo era bueno. Sus púas, sus epigramas, eran únicamente de la costra. ¿No habéis visto algunos templos cuyas rejas tienen lanzas salientes, en posición horizontal, como embrizadas por invisibles palatinos para impedir que los profanos entren al Santuario? Ya sabemos que no hieren sino al que loco ó ebrio da contra ellas; que podemos pasar á un milímetro de esas puntas agudas, sin temor ni riesgo; y que adentro, una vez franqueada la cancela, abierta siempre, se ensancha el ánimo en la quietud augusta de las naves, escuchando las armonías del órgano solemne y viendo el tabernáculo de la Divinidad.

Algo semejante era el espíritu de Ramírez; agresivo en su aspecto por afuera, amplio, altísimo, lleno de amor y de armonías dentro. El pensó acaso: me fingiré malo y dañino . . . para no distinguirme de los demás. Esquilo, en su catálogo de *Los Jefes delante de Tebas*, refiere que Tydeo llevaba en su escudo la imagen de la noche: «el fondo era negro, sembrado de estrellas de oro.» Pues ese era el escudo de Ramírez.

La vida lo vistió de tristeza. Diríase que regresaba del infierno, como Dante. Y tenía en verdad, Ramírez, cierta semejanza con el poeta florentino. Hasta la forma que cuadraba mejor á su inspiración poética, era la forma dantesca, lapidaria, del terceto. El terceto es rígido, elegíaco, triste como la inscripción de un sepulcro;—ó en la lucha política, en la venganza de la sátira, acerado y agudo como un haz de tres puñales.

También Ramírez tuvo su Beatriz resplandeciente, *su criatura bella vestida de blanco*: «La Libertad.»

Muchas veces—y yo alguna le oí,—negó ese amor; pero lo negaba porque tenía la certidumbre de que no se lo creíamos, lo negaba como nos resistimos á pronunciar en público el nombre de la mujer

amada, para no exponerlo al aire helado de la indiferencia y la mal-
dad humanas.

Allí en su pedestal, frente al apuesto y arrojado Leandro Valle,
parece sonreír diciéndole:—no vas á la gloria, vas á la muerte!—

*Aigle, vautour ou colombe
Vous allez ou tout retombe
Et d'ou rien n'est revenu!*

No ames á la libertad, ama la vida. No mueras con gloria; vive
mejor!

Eso parece decir la sonrisa horaciana de Ramírez; pero no, no lo
dice. Que esos labios broncíneos se desplieguen, y brotará de ellos,
como en los rostros del constituyente, el verbo inflamado de la De-
mocracia; que esa mano vibre el látigo de Juvenal, y flagelará como
antes, á los mercaderes del Santuario. Entonces exclamará como en
la discusión del art. 15:

«En 1824, cuando aún estaban humeantes las hogueras de la In-
quisición, con uno de sus tizones mal apagados, se escribió en la
Constitución de la República el artículo que estableció la intoleran-
cia religiosa, y este artículo es el que venimos á borrar en nombre
de la humanidad, en nombre del Evangelio, y si es posible á costa de
nuestra sangre.»

¡Ese es el Ramírez verdadero, el que agita la plúmbea maza sobre
las cabezas de sus enemigos; el que brega, el que triunfa, el que está
en bronce!

Después volverá á su aislamiento, á su impassibilidad, á su son-
risa. Alighieri se transforma entonces en Boccaccio, pero en un Bo-
ccaccio trascendental, porque si la palabra de Ramírez aplastaba, su
risa demolía, como perpetuo hilo de agua que á fuerza de filtrarse y
de lamer los cimientos de un edificio, acaba por echarlo abajo.

¿Queréis que de nuevo se asemeje al hombre torvo, espanto de las
mujeres en Ravenna? Pues vedle alzarse á pronunciar el brándis por
los muertos, en el banquete de la Asociación Gregoriana. Hermo-
sa asociación ésta en la que no hay ausentes y á cuyas fiestas vie-
nen las grandes y amadas sombras de los hermanos desaparecidos! Triste de aquél á quien toquetomar la última copa entre las almas in-
visibles y mudas; aguardan á que la apure para llevárselo con
ellas!

Ramírez se levanta como un gran sacerdote pronto á cumplir mis-
teriosos ritos. Tiene imperio en el mundo de las sombras, y por te-
nerlo, exclama con firmeza:

¡Vivos y muertos, escuchad mi canto!

El silencio se espesa en torno suyo. Sólo se oye el ruido que pro-
ducen las soñolientas olas de la Estigia, hendidas por la barca de
Carón. ¡Hélos que llegan, los hermanos muertos! La procesión de
espectros detiéndose en la puerta. Vino al conjuro del poeta y otra
palabra del poeta la detiene en el umbral.—¿Qué nos queréis?—ex-
clama:

Para sentaros á la mesa, es tarde!
Para irnos con vosotros, es temprano!

Mas no creáis, sombras ilustres; ¡oh varones insignes de Plutarco!
en la sinceridad de esa rudeza. Podéis entrar al salón del ágape.
Ahí están vuestros asientos; ahí están vuestros hermanos. Ramírez
os presenta y anuncia uno por uno, como el poeta griego enumera
y presenta á los jefes que sitiaban á Tebas. No tenían epitafio vues-
tras tumbas, y Ramírez arranca para vosotros, en cada terceto, un
pedazo de mármol pentélico y en él burila con su *stylo* de bronce,
una inscripción helénica.

¡Entrad, muertos augustos! El que os detuvo á la puerta con una
exclamación imperiosa, va á deciros después:—amigos míos, espe-
rad un instante; esperad á que el pétalo de rosa se marchite en el
vino; esperad, que ya voy á acompañaros . . . !

Madre naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza,
Nací sin esperanza ni temores
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza!

III

La poesía mexicana no tiene una página más solemne que esta de
Ramírez. Parece canto fúnebre, acompañado por la voz del órgano,
á las altas horas de la noche, en el coro de una catedral desierta.

La idea es moderna; ha sufrido y llorado en los claustros del pesi-
mismo, es la idea de un Kempis que no cree en Dios; pero la forma

tiene la limpieza y concisión latinas. Se ve que quien tal hizo vivía en íntimo comercio con los grandes poetas, ciudadanos de Roma. Y esto se advierte en todas las poesías de Ramírez, ¿quién si no un poeta del Lácio, pudo exclamar como Ramírez:

*¡Vuélveme, Amor, mi juventud, y entonces
Tú mismo á mis rivales acaudilla!*

Son frisos de mármol circuídos de pámpanos entrelazados y poblados de Eros juguetones, los versos de Ramírez. A ocasiones, asoma en ellos el lascivo Sátiro que entreabre la fronda y adelanta la nariz de ventanillas dilatadas, para olfatear el rastro de las ninfas. Algunas de estas composiciones son incorrectas é incompletas. Se conoce que el autor las dejó caer, y sabe que son incompletas é incorrectas; pero no le importa.

Por desgracia, la obra poética de Ramírez, es bien exígua y anda muy dispersa. El no cuidó nunca de reunir sus trabajos filosóficos y literarios, y esta es otra señal de ese menosprecio del mundo que me ha hecho compararlo á un Kempis ateo. Andaba como un avaro, con las manos en los bolsillos del pantalón, tal vez para cerciorarse de que allí estaban las llaves de sus tesoros. Le disgustaba mostrarse al vulgo; se calumniaba á sí mismo para disfrazarse mejor y conservar el incógnito en el mundo. Sabía para sí mismo; pero como este malo no podía dejar de ser bueno, daba de cuando en cuando alguna de las perlas de su pensamiento. Y prefería darlas hablando, porque así no las daba en realidad, las dejaba caer, y los demás las recogían.

¿Por qué era avaro? Pues porque era viejo. . . . porque Ramírez siempre fué viejo, así como Guillermo Prieto es pródigo, porque Guillermo Prieto siempre ha sido joven, el gran muchacho de la literatura, el joven ardiente de la libertad! El corazón de Prieto se derrama. Todos tenemos algo de él. Por eso nos llama á todos hijos, y lo somos.

Ramírez parece huraño. Lo buscamos y se esconde. . . . diría mejor, si la frase no fuere tan prosaica, que se enconcha. Para ocultarse mejor á las miradas impertinentes y curiosas, busca un pseudónimo, y no un pseudónimo pastoril ni risueño como el de Prieto, sino otro erizo, propio para asustar á los niños y alejar de sí al vulgo: *Nigromante*. Quiso hacernos creer que venía de la eriaza en donde Macbeth encontró á las brujas. El filtro que nos brinda es el de aquellas.

Colmillo de lobo y momia de hada,
Escama brillante de fiero dragón,
Enorme gargüero y fauce inflamada
Que ostenta en los mares voraz tiburón.
El vaso de aleve, blasfemo judío,
Cicuta cogida, sin luz, de raíz,
La hiel concentrada de macho cabrío;
De un tártaro, labio; de un turco nariz;
Menudas astillas de ramos de abeto
Tronchadas en noche de eclipse lunar,
El dedo de un niño que en foso secreto
Dio á luz madre infame, ahogándolo al par.
El caldo con este que espese y que cuaje,
Y unido al brebaje
Que ya se formó,
Inmundo intestino de tigre salvaje.
Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero!

Pero todo este aparato de mágias y hechicerías, era comedia nada más. Nos dijo el Nigromante:—Soy Thersytes.—¡Nosotros ya sabíamos que era Néstor! Nos dijo:—No creo en Dios.—¿Sería verdad. . . ?

IV

Dejemos ya que las estátuas de Ramírez y Valle empiecen su diálogo, como dijo delante de aquéllas un joven y esclarecido poeta. Por singular coincidencia, esos dos grandes hombres que se miran frente á frente, tuvieron un mismo protector, á quien mucho debe la causa de la democracia, y del que no se ha hecho memoria en ocasión como ésta: D. Francisco Modesto de Olaguíbel. Este ilustre repúblico representaba á México en París, cuando fué allá Leandro Valle en precaria situación. El lo amparó. «Valle—dice el Sr. D. Francisco Sosa en sus apreciables «Biografías de Mexicanos distinguidos,»—carecía de los recursos necesarios para vivir bien en el extranjero, y al resolver regresar á la patria no hubiera podido lograrlo si Olaguíbel no hubiera costado, de su peculio, el viaje.»

Ramírez dió comienzo á su vida pública en 46, redactando el *Don Simplicio*. El gobierno conservador lo encarceló. «Al establecerse en ese mismo año—dice el Sr. Sosa en la Biografía de Ramírez,—el sistema federativo, el Sr. D. Francisco Modesto de Olaguíbel, que

era Gobernador del extensísimo Estado de México, y que conocía y estimaba los talentos de Ramírez, le llevó á su lado para organizar la administración. Ramírez correspondió ámpliamente á esta confianza trabajando día y noche, no sólo en la reconstrucción administrativa, sino también en la defensa del territorio nacional invadido por las huestes de la República vecina. Fué en aquella época y en aquel Estado, en los que Ramírez comenzó á propagar las ideas ya indicadas en el periodismo según acabamos de decir. Además, animado por el fuego sacro del amor á la patria, y con objeto de organizar las tropas del Estado de México, asistió con el Gobernador Olaguibel á la memorable acción de Padierna contra los americanos.»

El diálogo soñado por el poeta, diálogo entre esas dos grandes almas, ha de empezar por una palabra de gratitud para quien supo comprenderlas y alentarlas.

V

La estatua de Ramírez es la primera estatua levantada en México á un hombre de letras. ¡Venturoso indicio éste, de reposo y de reflexión en la vida nacional! La República no es ya, como Desdémona, la mujer que sólo gusta de mirarse retratada, como en un espejo, «en la coraza del guerrero.» No es ya la mujer á quien sólo enamoran y cautivan, como á aquélla, las narraciones de proezas militares. La República es la Justicia.

¿Y qué más grandes héroes, qué más grandes lidiadores, que estos héroes y lidiadores de la idea? Un pedestal aguarda en ese paseo la estatua de Don Francisco Zarco, y toca el erigírsela á Durango. Que él representa, porque nadie lo ha merecido más que él, en esa guardia palatina de la República, al periodismo. Ser periodista—¡periodista como él lo fué!—¿no es ser caudillo? ¿no es librar una batalla diaria? ¿no es recibir una herida cada día más? ¡Herida que no se ve, pero de esas heridas á las que puede aplicarse la frase que una inscripción latina aplica á las horas: *Ultima necat!* ¿Ser periodista como Zarco no es dar la vida, poco á poco, á la Libertad y á la República? De una herida se sana ó se muere; mas del trabajo intelectual forzado siempre, siempre se muere! Y con la muerte triste, no con la muerte trágica y sublime de Leandro Valle, no con la muerte que hiere de lleno en el corazón y en un momento, sino con la muerte artera y si-

gilosa y vergonzante, que entra apagando ideas en el cerebro, tal como apagan paulatinamente las velas del tenebrario; con la muerte que va invadiendo, á modo de marea, y hoy se apodera de aquí y después de allá; con la muerte que llaman natural y que no puede ser, no es natural!

En las luchas por la Libertad, Zarco fué el Aquiles de la prensa. El joven que á los veintiséis años defendió con tal brío en el *Siglo XIX* y en la tribuna del Congreso Constituyente, la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, todas las libertades, bien merece una estatua, porque fué héroe. Ya que le quitamos la vida poco á poco, démosle en cambio la vida augusta de los mármoles y bronce.





LUIS URBINA.

Señor Editor de la *La Revista Ilustrada*.—Nueva York.

Me invita Ud. á entrar á su palacio, y aunque vengo en traje de calle, cedo á tan bondadosa instancia y entro á él. No fué hecha para ser pisada por los pies de palurdo, como son los míos, esta soberbia escalinata de mármol; me impone respeto é intimida la magnificencia de la casa; quisiera subir por la escalera de los criados, escurrirme por los pasillos de la servidumbre, venir siquiera con mi vestido dominguero y mis únicos guantes de piel de Suecia; pero, atrapado de improviso, urgido cariñosamente por Ud., tengo de resolverme á darle gusto, aunque los apuestos y elegantes caballeros que acostumbran á frecuentar estos salones, se burlen de mi zafio aspecto y me motejen.

¡Qué desairados van á verse mis artículos en estas columnas de mármol, que sólo deben sustentar bronces ó estátuas! Para este búcaro, con tal primor labrado, ¡qué pobres son mis silvestres margaritas! ¡Qué toscos y qué burdos estos suecos míos, para la muelle alfombrada, hecha á oprimir, con suavidad de mano amante, los chapines de seda y las sandalias de oro entretrejido! ¡Id pobres artículos al ángulo más obscuro del salón; buscad el rinconcito en donde se ocultaba el harpa aquella que vió Becquer, escondéos en los cortinajes de la puerta y presenciad, sin hacer ruído, sin que os vean, el desfile de las damas y de los galanes bien amados!

Estos artículos míos siempre han vivido vida de hotel ú hospedería. Su trajín nunca cesa,—y en la existencia trashumante á que el destino los condena, corren tierras sin más maleta que el rugado y descolorido saco de viaje, en el que apenas caben los menesteres absolutamente indispensables: el tinterito en su estuche de plomo, la pluma en su cañuto de latón, y el lápiz y el cuaderno descosido, cuyas páginas apenas recuerdan ya que fueron blancas. Libros, ¡qué han de llevar! cuando mucho algún diario de la mañana en la bolsa del cobre polvo. No tienen tiempo de leer obras ajenas, y como sólo se leen á sí mismos, cada día están más ignorantes y más necios. Ya los llama imperativamente un asunto político, ya los requiere el teatro, ya la novela nueva ó la flamante colección de versos: ora se lanzan entre los amigos reñidores para separarlos, ora asisten á alguna fiesta religiosa; y todo aprisa, inopinadamente, sujetos al antojo y al capricho de los editores, como esos malaventurados cómicos de la legua que van adonde le place al empresario y representan lo que él quiere.

¿Cómo trabajan? A la luz de un mechón de aceite en la mesa de la posada. ¿Cómo descansan? Con la inquietud de quien teme caer vencido por el sueño y aguarda oír de súbito los chicotazos del mayoral, los cascabeles de las mulas, el silbato de la locomotora ó la voz del mozo que llame á la puerta para despertarlo.

No, estos artículos mal vestidos, mal peinados; estos artículos que no leen; estos artículos cansados siempre de sus perennes correrías y de sus andancias sempiternas, no son para *La Revista Ilustrada* de Ud., amigo mío. Son para que yo los deje de paso y vergonzantemente en el mostrador de una imprenta, como si dejara á canija y enclenque criatura en el torno de una casa de expósitos. Son para que los lance á medio vivir, poco mehos que desnudos, á la calle, á la prensa; como si la casa en que viven se incendiara. Su papel en el mundo es el papel de estraza en que se imprimen los periódicos. Y *La Revista* de Ud., es el hermoso vestíbulo de un gran palacio, construído para albergar á los magnates y á los próceres de la literatura hispano-americana.

Mas, puesto que se digna acogerlos y ampararlos, allá van escogidos y ojivados, que no á sus muchos vicios y defectos han de añadir el de malagradecidos.

¿De qué escribiré? ¡Sábelo Dios! El colibrí no sabe en qué flor libará mañana el néctar; la onda azul ignora qué barquilla va á sur-

carla; nadie dice al espejo cuál semblante copiará primero. Del paisaje que me hechice, de la mujer que me enamore, del niño que me sonría, del libro que lea, de la música que escuche dentro ó fuera de mi alma, de la golondrina que anide en el techado de mi casa, de la ilusión que me visite y descanse en mi hogar un breve rato, del amigo que se vaya, del verso que me roce con sus alas de eso, de eso escribiré.

Para dar comienzo á ésta mi humilde colaboración, voy á valerme de ardidés y artimañas. No quiero entrar solo ni tan desataviado á *La Revista*. Mi estilo es incoloro; pero el cielo de México es muy azul, se ve tan rubio por las tardes, cuando suelta la luz su cabellera y se prepara al sueño! Yo no tengo flores: pero toda cubierta de flores duerme la virgen tierra mía. No tengo odas; pero tienen torrentes mis montañas. Soy pobre; pero mis poetas amigos son muy ricos.

Así que, hablaré á Ud. de nuestros sitios pintorescos, de nuestra ubérrima naturaleza, de nuestras mágicas leyendas, de nuestra historia, más increíble y hermosa que nuestras leyendas, de nuestros escritores, de nuestros poetas. Con estos últimos subiré las escaleras del palacio en que habita *La Revista* y así los comensales de Ud., los íntimos de la casa, los invitados á sus fiestas, dirán al ver lo desgarrado de mi traza y compararlo con el gallardo continente del amigo que me acompañe: Este paleta tiene amigos príncipes.

No muy caudalosa es nuestra corriente literaria; pero arrastra á veces guijas de oro, y en sus ondas se balancean nelumbios de belleza encantadora. Ya lo verá Ud. cuando le hable de Rafael Delgado y de su *Calandria*, novela que servirá de tema á uno de mis próximos artículos; novela descriptiva, llena de luz como los paisajes de Claudio el Lorenés, y de cuyas hojas—verdaderas hojas,—brota ese misterioso rumor nocturno de la tierra caliente, ese rumor del que no puede decirse si está en la atmósfera ó sale de la tierra ó cae de las estrellas; ese rumor en el que se mezclan y confunden el canto monótono de los árboles que adormecidos cabecean, el jadear del río lejano que va huyendo, el voluptuoso abanicarse de las palmas, el primer vagido de la flor recién nacida, la risa maliciosa de las cigarras solteronas y el rasguear de las vihuelas y las coplas de los mozos en la obscuridad de callejas culebreantes.

Ya hablaré de una *Pálida*, lánguida y simpática como hermosa convaleciente. Ahora, amigo mío, tomo del brazo al más joven de

mis poetas—¡dicen que la juventud *porte-bonheur!*—á Luis G. Urbina.

Siebel coloca tu haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda
Y asida al muro corre ligera,
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Y mientras Fausto con sus dolores
Vela, suspira, llora, medita,
Se inunda el cielo de resplandores
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita.

¿Oísteis ese breve tono de Gounod? Pues, Siebel es el poeta; su libro, el haz de flores. Veintiocho composiciones, y las más son cortas, forman el precioso volumen. Es un ramito de flores frescas, atado con el listón color de rosa que se le desprendió del corpiño á la novia..... como se desprenden todos los listones que saben bien cuál es su obligación.

Urbina es muy joven. Dice que ya conoce al Dolor; pero no es cierto: á la que conoce es á la primera novia del poeta: á la Melancólica. Tienen sus versos la trizteza apacible de la madrugada. Los envuelve, por decirlo así, una obscuridad azul. En esas elegías vagas, que andan revolando y como en busca de la tumba, descono-

cida aún, que las aguarda; en esas amarguras flotantes, difusas, que no se condensan ni toman cuerpo todavía; en esos llantos nerviosos; en esos quejidos débiles que están aprendiendo á hablar, más que dolor, revélase el presentimiento del dolor. La ventana está abierta para que entre la noche; pero apenas comienza á oscurecer. Ahora se eleva del río el vapor de agua en forma de neblina; ya se condensará para caer en lluvia de lágrimas.

Porque la poesía de Urbina se inclina á la tristeza, como joven hermosa y soñolienta que busca el hombro de la buena amiga. Hay poetas así, que nacen enamorados de lo pálido, y Urbina es uno de ellos. No tiene aún veinticinco años, y ya el ingrato quiere abandonar á esa querida siempre alegre, siempre bulliciosa, siempre retozona, deliciosamente embustera que se llama juventud, para irse con la mujer de besos quemantes, de la mirada que sale de muy hondo y va á lo hondo. Deja á la que ríe como Suzeta para irse con la que ríe como Gioconda. Veamos el retrato de este esquivo.

Urbina es bajo de estatura, casi del tamaño de su libro. Boca grande, dientes blancos, promesa de bigote en el carnoso y encendido labio; la cabeza que ha crecido más que el cuerpo, pesando demasiado sobre éste; el pelo ensortijado como si los versos lo despeinaran y revolvieran al salir; no pequeña la oreja, curiosa de oír todo; ojos brillantes, bruñidos, pavonados y de luto por alguien; ladeado el sombrero hongo, y bajo el ala, ancha la frente, limpia, abovedada como las naves de los templos en que habita un dios.

Urbina es rico en verso y pobre en prosa. Ese que canta los amores de Oberón y de Titania, cuenta en su oficina adoquines, baldosas, la herramienta de los fontaneros y las piedras entregadas á los empleados en las obras públicas. Canta en jaula.

Pero en ese papel rayado para operaciones aritméticas, se agazapa la poesía. De un o saca la cara risueña la quintilla, como hermosa acróbata ecuestre que brinca del caballo, y pasa, rompiéndolo, á través de un aro de papel. El 2, tendiendo su cuello de cisne, atrapa un verso. Caen en el 4 una estrofa bulliciosa. En el gancho del 5 préndese un romance, y en el obeso 8 caben dos sonetos. Cada resta es un terceto. Cada suma, una décima.

Parece imposible que poesía tan fresca no se entequen en su encierro. Porque la poesía de Urbina es fresca, por más que el quiera enfermarla. ¡Bah...! ¡Todavía esas lágrimas son de las que evapora el sol, de las que seca el aire libre. Son lágrimas de otros

..... de Musset, de Becquer, de Lamartine, de Heine. La flor cree que ha llorado cuando se siente húmeda de rocío; y no, no ha llorado ella, lloró el cielo.

Decidme si son de lágrimas ó de rocío los diamantes que salpican estos versos.

Entretanto, las ninfas desnudas
En el lago tranquilas se bañan;
Y los guomos las miran de lejos
Ensanchando sus ojos de llamas.
Allá van! allá van! Perseguidas
De los silfos. ¿Las véis? Son las hadas:
En los juncos flexibles se posan
Y recorren la atmósfera diáfana.
¡Cómo van despertando los besos!
¡Cómo llenan el aire de ámbar!
¡Cómo cruzan las frondas y en ellas
Entretejen brillantes guirnaldas!
Son las flores el tálamo en donde
Acaricia Oberón á Titania.
¡Allá van! Allá van! Ligerísimas,
Vaporosas, risueñas y aladas!
¿Y esas niñas vestidas de blanco
Quiénes son? Las memorias de infancia
Y esa tropa riente de silfos?
Los primeros amores que pasan
Ya descende el querub del ensueño;
Ya surgís de la verde enramada,
¡Ilusiones, caléndulas de oro!
¡Mariposas de luz, esperanzas!
¡Cómo se ha transformado la noche!
Cómo el hondo infinito se esmalta!
Ah, qué inmenso poder es el tuyo!
¡Tañe, bardo, el laúd, canta, canta!
Allí está! Se prendió tras el bosque
Un cendal luminoso, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con polvo de plata.
Todo va despertando El rocío
En los cálices tersos se cuaja;
Y ya el viento recorre los bosques
Entonando sus dulces baladas.
¡Leñadores! Volved á la selva,
Continuad la monótona charla
De los troncos que gimen heridos
Al vibrante rumor de las hachas.

¡Cazadores! Tomad la ballesta,
Perseguid á los ciervos que saltan,
En los hombros poned los halcones
Y tocad en las trompas de caza.
Y tú, triste y errante poeta,
Ya no cantes, los pájaros cantan;
Ya la noche pasó; ya se abre
La pupila curiosa del alba.

¿Verdad que estos versos parecen «espolvoreados por el iris de átomos de luz?» Cuando los escribió el poeta, la Juventud, la querida que lo quiere mucho y á quien él no quiere, leía por encima del hombro de su amante.

Huele el verso á flores nuevas

podríamos decir imitando á Zénea.

Pero esta frescura, esta humedad perfumada, esta riqueza de color, se borra cuando el alma del poeta se ensombrece. Todavía, ya lo dije, no gime en sus versos el dolor; pero sí balbucea el presentimiento. De pronto vuelve el poeta la cara y se encuentra con ese joven vestido de negro que se nos parece mucho y á quien Alfredo de Musset vió desde niño. ¿Quién es? No lo sabe; pero ve que está muy triste.

¡Ojalá que no sea el Urbina de mañana! Ojalá que no cruce este poeta — como dice Justo Sierra en el hermoso prólogo de las poesías á que me refiero — «en la barca infernal el aqueronte del pesimismo.» Difícil es salvarse de este pesimismo ambiente en que vive la moderna poesía. La ciencia, á pesar de haberse embellecido tanto, no ha determinado aún su fórmula poética. Las tentativas de poesía científica, realizadas por Sully Prudhome, han sido estériles y viven por la enérgica vitalidad que el talento del autor supo infundirles, por sus cualidades literarias, no por el fondo científico en que se arraigan. La filosofía experimental tampoco ha producido poetas: es una interrogación que no puede cerrarse una interrogación sin consonante. La misma poesía materialista es tal poesía sólo en cuanto se acoge á la naturaleza y la describe: es poesía por el panteísmo inconsciente que traduce en bella forma. Pero la poesía moderna, la gran poesía, ó es creyente como la de Hugo, ó escultural y fría como la de Leconte de Lisle ó pesimista. «Mientras escribo estas líneas— dice Paul Bourget, en sus *Estudios de Psicología Con-*

temporánea,— al caer de un hermoso día de Junio, miro á un adolescente, de codos en su pupitre de estudiante: las flores se abren amorosamente al pie de la ventana; el rayo tenue del sol poniente, tiende en el horizonte sus líneas de exquisita delicadeza; en el huerto vecino conversan dos muchachas; pero el adolescente nada mira, absorto en la lectura de su libro. ¿Qué lee? las *Flores del mal* de Baudelaire, la *Vida de Jesús* de Renán, la *Salambo* de Flaubert, el *Thomas Graïndorge* de Taine ó el *Rojo y Negro* de Bayle.....»

Ese joven adolescente de Bourget, se parece mucho á Urbina. Este propende á vivir en comercio íntimo con los deliciosos enervadores de la voluntad, con los Tristes inmortales. No los comprende bien todavía, no siente como ellos sienten, pero ya los ve como á sus hermanos mayores. Puede él decir con Lamennais: «mi alma nació con una herida.»

Hasta ahora no aparece en sus versos el pesimismo definido, espeso, denso de algunos modernos; pero sí transita por ellos el joven vestido de negro, que se nos asemeja *como un hermano*. Es un esceptico tierno. Viene de las tristezas y va tal vez á los dolores. No es propiamente hablando, poeta de esta edad, poeta complicado, poeta neurótico ó poeta que ahonda los problemas trascendentales de la vida; pero sí es descendiente de los románticos, de los melancólicos, de los que á ratos creían y á ratos no, de los que cantaban en el *Lago* ó en la helada noche de Diciembre. No dirá como Baudelaire:

Morne esprit, autre fois amoureux de la lutte,
L'Espoir, dont l'éperon attisait ton ardeur,
Ne veut plus t'enfourcher. ¡Couche toi sans pudeur
Vieux cheval dont le pied á chaque obstacle butte!
Résigne toi, mon cœur, dors ton sommeil de brute!

Pero sí expresa con suavidad el mismo anhelo de reposo y descanso en esta delicadísima poesía:

SUB TERRA.

Cuando yo muera, que cubran
Con mis cantares el féretro,
Que pongan por almohada
Mis coronas y mis versos;
Quiero llevarme conmigo
A la sombra y al misterio
Todo lo que en este mundo
Brotó de mi pensamiento.

Que me lleven mis amigos
Sin lágrimas y en silencio,
Al rincón más solitario
Del sombrío cementerio
Y cuiden que cave honda
La fosa el sepulturero;
Donde no sea posible
Que llegue á turbarme un eco;
Que allí me dejen, que olviden
Mi paso por este suelo,
O que, si se acuerdan, digan:
—Sufrió mucho, pero ha muerto.—
Y yo dormiré, entretanto,
Soñando si acaso sueño
Con mis desdichas postreras
Con mis amores primeros,
Con las tardes del otoño
Y las noches del invierno
En que, llegando á mi puerta,
La Musa, tocaba quedo,
Se iluminaban de pronto
Las sombras de mi aposento,
Crugía mi negra lámpara,
Lanzaba quejas el cierzo,
Yo deshojaba tranquilo
Las flores de mis recuerdos,
Y Ella, tomando mi frente
Que sellaba con un beso,
Las blancas alas abría
Para remontarme al cielo.
Y como estará cercado
Con mis cantares el féretro,
Tal vez bese mis coronas,
Quizá recite mis versos;
Y si entonces toma forma
Lo que quedó en el cerebro,
—Cual después de los festines
En la copa quedan luego
Las rojas heces del vino—
Si aún se agita el pensamiento,
Os juro que algunos años
Después del triste suceso,
Han de brotar de mi tumba,
Hechos flores, cantos nuevos!

Esto es de Heine, tamizado, de Heine á media luz. El gran poeta alemán dice en el epílogo de su *Intermezzo*:

Enterrar quiero mis cantos,
 Quiero enterrar mis quimeras,
 Féretro insondable quiero,
 Necesito fosa inmensa.
 Ha de guardar muchas cosas
 El ataúd bajo tierra,
 Quiero que tenga más fondo
 Que el tonel de Heidelberg.
 Buscadme féretro duro
 De planchas fuertes y espesas,
 Aún más largo que el gran puente
 Que hay sobre el Rhin en Magencia.
 Y buscad doce gigantes
 De más vigor y más fuerza
 Que el enorme San Cristóbal
 Que hay de Colonia en la iglesia.
 Que lo arrojen al profundo
 Seno de la mar inmensa,
 Que tal ataúd, tal fosa
 Es necesario que tenga.
 ¿Sabéis, ¡ay! por qué es preciso
 Que enorme el féretro sea?
 Porque en él, enterrar quiero
 Mis amores y mis penas.

La poesía de Urbina citada antes, es como la hija tímida de ésta, sin que tal parentesco acuse en Urbina imitación, sino filiación, precedencia, afinidad. En los versos de Heine predomina el elemento masculino; en las del joven poeta mexicano, el elemento femenino. Es tierno, y por ello se alista entre los discípulos pálidos y tristes de Alfredo de Musset. ¿Cómo no ha de recordarse algún pasaje de las *Noches*, al leer este fragmento de la poesía *Llueve?*

Allá.....la noche profunda,
 La tormenta embravecida,
 El combate la fecunda,
 Palpitación de la vida.
 Allá la naturaleza,
 Y la lucha y el ruido,
 Y aquí dentro, la tristeza,
 La soledad, el olvido.

Aquí el humilde aposento
 Donde se entrega al reposo
 Mi cansado pensamiento
 Amarillo y tembloroso
 Brilla en la sombra confusa
 El fulgor de mi bugía.
 —¿Eh? ¿Quién llama?—Yo, la Musa!—
 —¡Entra pobrecita mía.....!
 ¡Cómo alumbran tus destellos
 Este hogar obscuro y frío!
 ¡Cómo tienes los cabellos
 Empapados de rocío!

 ¡Oh mi amor! En la ventana
 Aún la lluvia se desgrana;
 Deja que tus alas pliegue;
 ¡No te vayas! ¡Y mañana
 Te irás con la luz que llegue!

La nota tierna, sencilla, que brota del corazón naturalmente, es la mejor en Urbina. Cuando canta á las águilas; cuando intenta encumbrarse en las alas de la oda; cuando imita á Byron y exclama:

Al llegar á los negros precipicios
 Mis sueños se espantaron,
 Y cual nocturnos pájaros, los vicios
 En mi pálida frente aletearon;

se ve la ficción, y la poesía resulta deficiente, rebuscada, leída, refleja, pero no sentida. En cambio, cuando recuerda, cuando expresa ese sentimiento nostálgico producido por la ausencia de algo que tiene muchos nombres y que no se logra definir, Urbina es verdadero y su numen más simpático. Dice entonces:

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
 Guardo en el fondo de mi baúl:
 Una cajita, color de oro,
 Que ata un brillante listón azul.
 La abro.....¿Qué tiene?.....Hojas de rosas,
 Secas reliquias de viejo amor,
 Alas, sin polvo, de mariposas,
 Mirtos, gardenias y tuberosas:
 ¡Muchos recuerdos en cada flor!

* * *

El amuleto que ató á mi cuello
 Mi santa madre cuando marché;
 El blondo rizo de aquel cabello
 Que tantas veces acaricié.
 ¡Cómo me alegra la fecha escrita
 En esta opaca cruz de marfil!
 ¡Ah, virgen mía, mi virgencita,
 Aquí conservo la margarita
 Que deshojaste pensando en mí!

Estas son niñadas que siempre han de gustar, así como siempre ha de inspirar amor un niño hermoso. Se siente al leerlas — como dice Menéndez Pelayo, — «levantarse voces interiores que responden á la voz del poeta, y moverse en la memoria, tempestad de hojas secas y dar lumbre todavía al más apagado rescoldo.» *Agnosos veteris vestigia flamæ!*

En una de las primeras composiciones de Urbina, en el poemita *La última serenata*, poetiza con singular acierto sus recuerdos de infancia. Acuérdate de

La ventana ruinosa
 Do mi primera novia me besaba;
 La iglesia de mi barrio, silenciosa,
 Triste, churrigueresca,
 Con su nave elevada y gigantesca,
 Su pórtico de toscas esculturas
 Y sus torres hermosas,
 Recortando, pesadas y angulosas,
 El transparente azul de las alturas.

Aquí hay sobra, abuso de epítetos é inexperiencia en la forma; pero hay también verdad y poesía. Más afortunada es todavía la descripción de la escuela:

Aulas llenas de luz; allí los rayos
 De un espléndido sol. limpio y sereno,
 Brillaban indecisos,
 Ora sobre los rizos
 De cabezas alegres, soñadoras,
 Atentas á la altura
 En que el maestro, reposado y grave,
 Hablaba con mesura;
 Ora por los rincones
 Iluminando solitarios bancos,
 O bien sobre los negros pizarrones,
 Llenos de cifras y guarismos blancos.

Quien así escribe, posee, á no dudarlo, singulares dotes para la poesía descriptiva, para la poesía que pudiéramos llamar *tiernamente descriptiva*. Urbina tiene la inspiración y es dueño ya de un instrumento precioso. Todavía no maneja con toda soltura el arco; aún titubea, vacila, borda la melódica trama con adornos inútiles; pero en algunos trozos revela su genio, y en todos, su temperamento de poeta artista. Vulgar no será nunca; irrespetuoso con el arte, nunca. Está condenado irremediabilmente á ser poeta.

¿Qué no hay unidad en su obra poética? ¿Qué no tiene un carácter bien marcado? Esa unidad y ese carácter, la vida, la triste vida es quien los da! Todavía este volumen no es más que lindo ramo empapado de rocío ó — para emplear otra comparación que exprese mejor mi pensamiento, — un nido, en el que aves muy hermosas están aprendiendo á volar. Ya vuelan con donaire y cantan con primor; pero todavía temen alejarse de la encina hospedadora.

¿Qué hay que aconsejar á Urbina? Pues que vea, que oiga, y que nos transmita sus sensaciones en ese idioma de la imagen que habla él tan bien. Los pájaros aprenden á cantar, oyendo á los otros pájaros!

Ahora, señor Editor, estrecho la mano de Ud., y me despido. Traje en mi burdo cesto de ambulante vendedor, las flores de un poeta, de un poeta verdadero. Las dejo en este búcaro de alabastro, y con mi canasto ya vacío, vuelvo al mercado.

